

ILLUSTRATION

NON PLUS ULTRA



SUSCRICION

Semestre. . . 3 Ptas.
Año. 5'50 id.
Pago en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administración, de 10 á 1 y de 3 á 5.
ESCUDILLERS 5,7 y 9
Barcelona

Núm. 21

Año I

NÚMEROS SUELTOS

10 céntimos de peseta
y 15 los atrasados.

De venta en las librerías,
kioscos, vendedores ambulantes y puntos de costumbre en

España

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Barcelona 27 Enero 1887

Núm. suelto 10 cént. de peseta

* Núm. suelto 10 cént. de peseta

Los corresponsales venderán por manos á los vendedores ambulantes.

EL REINO DE LA POESÍA

En la maleta de uno de los pocos soldados alemanes que dejaron sus cueros en Francia, se encontró entre varios mapas y descripciones geográficas de cuantas partes existen y no existen en este globo de tierra é ilusiones, una que se titulaba así:

«Descripción geográfica del reino de la Poesía.»

«Será, me pregunté yo, admirado del título del manuscrito; que esta raza se ha propuesto dominar á todas las demás en sus dominios ideales, como pretende hacerlo en los materiales?»

Afortunadamente para el nombre alemán, me equivoqué de medio á medio.

La tal descripción no pasa de ser un sueño algo extravagante, que más parece una excentricidad inglesa que producto de la cabeza numerada de un alemán.

Hela aquí:

«Es la *Poesía* un reino dilatadísimo y poblado, confina á Oriente con la *Elocuencia*, al Mediodía con la *Pintura* y la *Escultura*, y al Occidente con la *Música*. Las costas del Norte las baña el Océano de la *Erudición*.

«Divídese, como otros muchos reinos, en país alto y bajo. La alta Poesía la habitan personajes grandes, de presencia majestuosa y frente ceñuda, cuyo lenguaje comparado con el de otras provincias, viene á ser como el español con relación al italiano. Sus hombres son ordinariamente héroes de oficio, Abrir por mitades un gigantazo armado de pies á cabeza, es para ellos lo más natural y sencillo del mundo. En cuanto á sus mujeres, es el sol un trasto viejo de guardaropía, comparado con la más fea.

«Los caballos de esta comarca se la pegan por lo corredores á los aires, á la electricidad y á la misma luz, y los árboles desvanecen y humillan á las nubes con sus copas.

«La capital de este territorio se llama *Epica*. Se levanta majestuosa y sombría en terrenos tan difíciles de cultivar que casi no hay quien se atreva á intentarlo. Sus habitantes, como todos los del reino, son poco escrupulosos sobre la verdad de cuanto refieren: entretienen á los extranjeros contándoles pomposas é interesantes historias de luchas ó hazañas guerreras y amorosas; enseñan á los curiosos los máusoleos de Homero, el sepulcro de Virgilio, el monumento consagrado al Tasso, y las tumbas de Milton, Camoens, Ercilla, Fenelon y Gohete.

«No muy distante de este grandioso edificio se descubre la antigua ciudad de la *Comedia*. Sus habitantes tienen decidida inclinación y gusto exquisito por la imitación y la pintura; pero á veces se extravía su imaginación, y lo que había de ser una fiel reproducción de la verdad, resulta un mamarracho. Complácense en reírse unos de otros, consistiendo en la crítica su gracia principal.

«En una pendiente cercana aparece otra ciudad medio arruinada, conocida por *Tragico-media*. Hubo un tiempo en que pretendió rivalizar con la *Comedia*, intentándolo también con la *Tragedia*; pero sus tentativas han resultado siempre inútiles, á pesar de haber tenido muchos partidarios.

«Fuera de las tapias de la ciudad existe un grande arrabal que se llama *Novelas*. Todos sus habitantes son modelos de hermosura y abnegación, distinguiéndose las mujeres por su virtud ejemplar. Casi todos han sido viajeros y amantes arrebatados, pasan la vida en festejos y ceremonias continuas, y ningún extranjero sale del arrabal sin haber asistido diariamente á cinco ó seis casamientos brillantes y á otros tantos bautizos ó entierros.

«Desde la salida de este arrabal se descubren una cordillera de altísimas montañas escarpadas y rodeadas de precipicios por todas partes. Esta es la *Tragedia*, país en donde se advierten ruinas de varias ciudades antiguas, y sepulcros de héroes desgraciados. Su atmósfera infunde tristeza y terror, y sus habitantes son sanguinarios en tan alto grado, que las mujeres mismas se gozan á la vista del asesinato de cualquier miserable ó en las agonías del que sabe suicidarse á hierro ó veneno. Existe en la misma un suntuoso palacio llamado de la *Opera*, cuya erección, se debe, según la leyenda, á la mágica de cierto italiano. Los que en él habitan lo hacen todo cantando, desde que nacen hasta que mueren, visten lujosos y brillantes trajes, con la misma facilidad dan un beso á su amada, que pegan una puñalada al suegro ó al cuñado, que se descubren del capacete ó de la mitra para saludar con sonrisas y cortesías infantiles á cualquiera de sus admiradores, que son muchos; pues aun cuando se les tiene por locos, acuden á oírles gentes de todas partes.

«La *Poesía alta* y *baja* están separadas por el *Buen juicio*, en donde no se encuentra ni lugar ni aldea, sino algunas cabañas diseminadas.

El país de la Poesía baja es ameno y delicioso, sumamente poblado, pero la mayor parte

de sus habitantes resultan feos, endeble y contrahechos.

»La capital es *Elegía*, ciudad rodeada de grutas, rocas y bosques, encontrándose de trecho en trecho sepulcros de diversas formas. Hay otros varios lugares y lugarejos, entre los que descuellan las aldeas *Bucólica* y *Canciones* y un pueblecito de carácter monumental llamado *Soneto*. En cierto agudísimo picacho está *Epigrama*, pueblo reducido de extensión pero airoso.

»En la extremidad meridional del reino, se encuentra la ciudad de *Sátiras*. Sus aguas son salobres en alto grado y picantes á la vez; lo que contribuye á que sus habitantes sean de temperamento descontentadizo, bilioso y mordaz. Esta región estuvo en su apogeo el tiempo en que tuvo dos gobernadores llamados *Juvenal* y *Persio*, los cuales dictaron reglas acertadísimas para el buen régimen de sus sucesores. En la extremidad septentrional se halla un pequeño é inculto distrito, que abarca tres pueblecitos casi destruidos llamados *Anagrama*, *Acróstico* y *Enigma*. Sus habitantes son gentes ignorantes, estúpidas ó de mal gusto.

»El reino de la Poesía es bastante frío por la parte del Norte. Sus habitantes son robustos y bien formados. Los que habitan el Mediodía, desbarran muchas veces por efecto de las influencias del clima pero salvado esto, son expresivos y agudos, su imaginación brillantísima arrebatada y encanta. Los que nacen en las provincias orientales, hablan siempre figurado, y son muy exagerados en sus producciones, de manera que los que viven en los departamentos occidentales son los que aventajan, por lo general, á todos los demás moradores de tan vasto imperio. Las montañas de la *Poesía* son tan escabrosas que son contadísimos los que pueden escalarlas, aunque no haya quien deje de intentarlo. Los tres ríos principales que atraviesan el reino son: *Verso*, *Consonante* y *Asonante*. Para vadear el primero se necesita mucha destreza y agilidad; y los otros dos están llenos de escollos y bancos, siendo innumerables los atrevidos que encallan en ellos.»

Hasta aquí la *carta* del alemán.

No sé si nadie bendecirá la guerra franco-prusiana que proporcionó este hallazgo que me permito hacer público más por lo curioso que por lo útil. Yo de mí sé decir que apesar de ello, hubiera preferido ignorar la existencia de esta *carta* á que se hubieren destrozado mutuamente como urbes salvajes, dos pueblos que se llaman civilizados.

JUAN DE LAS VIÑAS.

HISTORIA DE UNA PASIÓN

POR

Pedro Huguet y Campañá

(Continuación)

Pero ya ves mi quebranto:
ya sabes tu mi pasión:
¡qué mucho que clame tanto!
mira; me ha dejado el llanto

sin sangre en el corazón!

—Ya más calma en mi no cabe
ni más escucharle puedo:

ó V. trama algún enredo,
ó bien sufre un error grave.

—¡Ese acento me da miedo!

—Vayase; y si es que el delirio
de una infiel le traicionó,
ríase V., señor mío,
de la ingrata como yo
en este instante me río...

Y río con risa sardónica,
y vi en sus pupilas llamas,
y en pálidas mejillas
manchas y tintas violaceas,
y noté ronco su acento,
y sus manos descarnadas,
y sus labios encendidos,
y su respiración tarda.

—¡Luisal tú sufres;—dije:
lo revela tu mirada,
y tu acento lo revela;
dime de tu mal la causal

No respondió; alzó los ojos
al cielo como una mártir,
que tendida en el ecúleo
divino auxilio reclama,
y volviéndose de pronto
sin decir una palabra,
entró en el piso, y la puerta
cerró con violencia extraña,
dejándome allí entregado
al exceso de mi rabia.

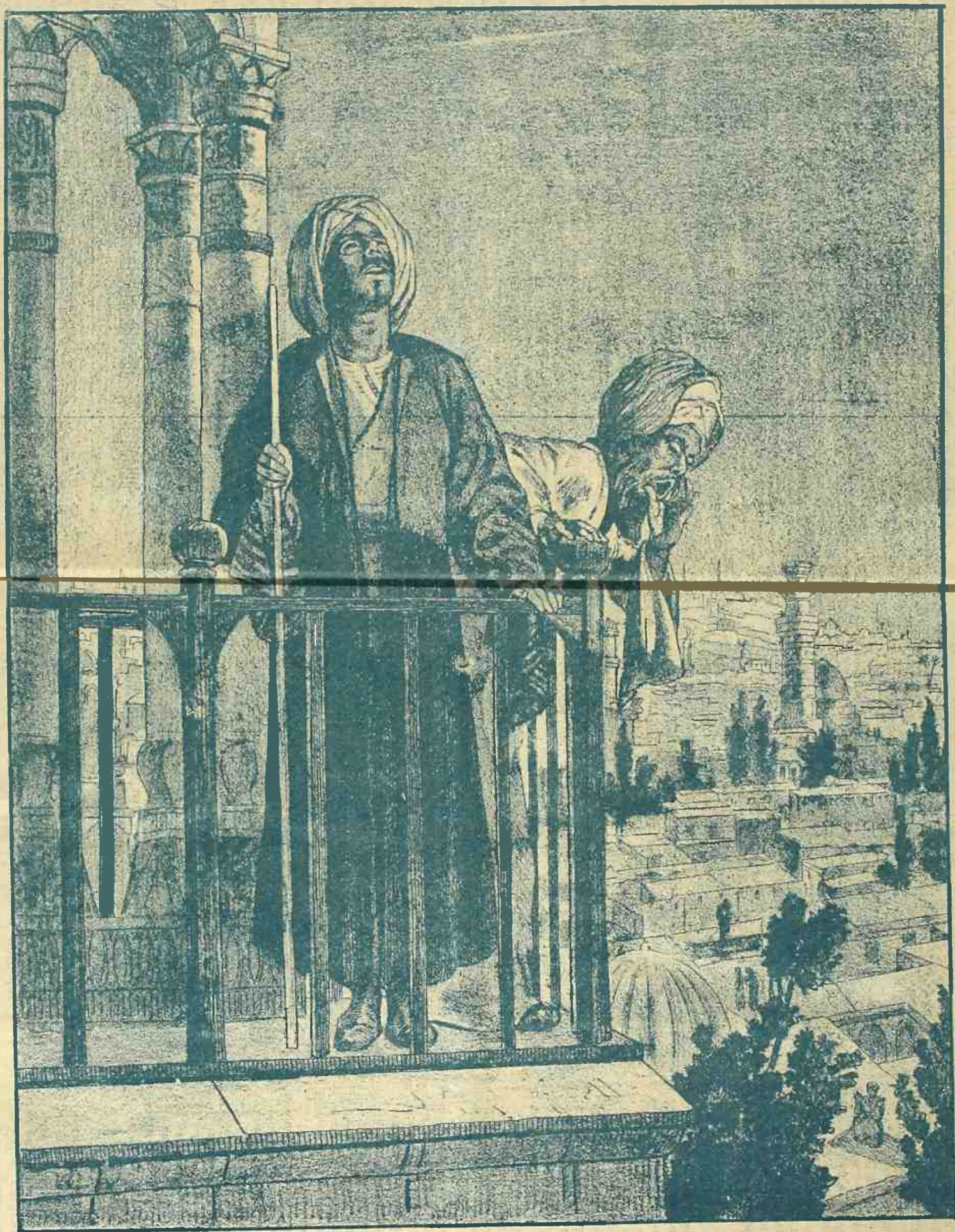
Golpeé la maciza puerta
que era á mis deseos valla,
grité con gritos salvajes
que ahogó el son de la borrasca,
y cual deben ir los réprobos
pisando abrojos y brasas,
envueltos en sombra y humo
por las regiones tartáreas,
más que bajar derribeme
por aquellas frías gradas;
y sin notar la espantosa
tormenta de viento y agua,
que la consternada villa
hárbaramente azotaba,
salí á la calle rugiendo
y el rostro bañado en lágrimas.

X

Como huye el asesino del paraje
donde agoniza con dolor su víctima,
así dejé á Madrid, á mi olvidada
ciudad tornando sin saber á do iba.
Una y mil veces con fulgor siniestro
relampagueó en mi loca fantasía
del suicidio la idea asoladora
que paz al menos á los tristes brinda.
Pero ¡ay, si era el morir, olvido eterno,
no amar ya más, ni recordar á Luisa,
¿Cómo el placer de tan feroz martirio
perder desesperado yo podía?
Vivir, aunque la vida me agobiase,
vivir, aunque era muy cruel la vida,
porque vivir era pensar en *ella*,
porque era hollar sobre la esfera misma
que *ella* pisaba, y contemplar los rayos
del sol que enviaba luz á su retina,
eso quise con ansia, mientras fiero
de la virtud y el mundo maldecía,
y mi cariño á la amistad negando
la soledad buscaba más arisca.

(Se continuará)

Ayuntamiento de Madrid



DEL MUNDO ILUSTRADO

EGIPTO - El Muezin

BENGALAS

Colección de novelas, cartas y cuentos ligeros; originales por Eloy Perillán y Buxó, director de *El Tribuno* y de *La Broma*. Este es el título de un libro, muy próximo á aparecer en esta capital, editada por el señor Tasso.

El solo nombre del popular escritor castellano, que desde hace poco tiempo se encuentra establecido en Barcelona, ha bastado para que el público manifieste deseos de adquirir la obra que anunciamos.

Casi seguro es que Barcelona proporcionará un verdadero éxito editorial, al fecundísimo escritor y conocido periodista señor Perillán y Buxó.

MISCELANEA

Un ricacho se negaba á abonarse á una serie de conciertos, y le decían:

—Su hermano de Vd. se ha abonado y asistirá á todos.

—¡Vaya una gracia! Si yo fuera sordo como mi hermano, también me abonaría!

Un domingo, al caer la tarde, entra en la capilla un matrimonio que ha pasado el día en el campo.

La pobre mujer tira de la chaqueta á su marido que con ojos brillantísimos, paso tortuoso y lengua farfullona, dice:

—¿Qué quieres, Mariquita, si cada cual tiene su martirio? Dios le ha dado al perro las pulgas, al ratón el gato, al lobo el hambre, al hombre la sed...

—Y á la mujer el borracho, añadió ella.

—¿Sabe Vd. á quién le ha caído esta vez el premio grande? ¡Al doctor Llanas!

—Me alegro, me es muy simpático: es hombre que vale mucho.

—Ahora, vale más.

—¿Portero, está en casa el señor Gonzalez?

—No, señor.

—¿A qué hora vuelve?

—No puedo contestar á Vd., porque cuando manda decir que no está en casa es difícil sabes á qué hora vuelve.

NUESTRAS LÁMINAS

BARCAROLA

No existiría la música popular, en nuestro pueblo, sin este instrumento tan barato como armónico llamado guitarra. Cuando vibran las cuerdas al choque de una mano nervuda saltan nuestras piernas y nos incitan á bailar, imperando el arte de hacer piruetas y cabriolas; pero cuando estas mismas cuerdas son pulsadas por la mano experta de una Tersa y sonrosada joven como la de nuestra lámina, vibran con tal suavidad, producen sonidos tan armoniosos, que nos embelesan y nos arroban. Con cuanto gusto nuestros queridos lectores acompañarían á la solitaria joven en delicioso paseo por el mar, donde la brisa gemidora y la ruda armonía de las olas contrastan notablemente con los sonidos que despierta la guitarrista.

EL MUEZIN

El sol se hundió tras una colina cubierta de palmeras donde tienen sus nidos las cigüeñas. Las sombras de la noche deslustran el denso azul del horizonte, y el silencio cubre con sus alas la ciudad y la llanura. De pronto en los aires suena un canto agudo, melancólico y prolongado, y los caminantes detienen el paso e inclinan la cabeza. Es el Muezin que desde lo alto de un minarete entona la oración de la tarde, invitando al pueblo musulmán á rezar palabras del Koran. «¡Alah! ¡Alah! ¡Alah!» grita con voz tonante enviando el nombre del Señor á los cuatro vientos.

El Muezin es, por decirlo así, la campana del Oriente. De atalaya en su elevada torre que domina el barrio ó el llano en que se asienta, él anuncia á los creyentes el nacimiento y la muerte del día, y avisa las horas de la oración, haciendo sonar el nombre de Dios en el oído del pueblo que le venera como uno de los ministros de su religión.

UN BESO POR UNA FLOR

La galantería en amor es el disfraz del atrevimiento. Coger sin más ni más la mano de una niña, y estampar un beso en ella, por más que el beso sea hijo de un amor purísimo, causará siempre grave escándalo que atraerá sobre el impetuoso galán el odio de la doncella y la reprobación de los que se enteren de su acción. Pero besar la mano á una niña so pretexto de entregarla un guante ó una flor que se le ha caído, será siempre una galantería que, lejos de merecer condena, será aplaudida. Y al fin y al cabo el resultado habrá siempre sido el mismo: besar á una mujer.

Tal es el asunto que desarrolla nuestra lámina, en donde se ve al galán coger con una mano la flor caída á la dama, y besar con los labios su mano de azucenas y claveles.

El último día de la libertad

Interior de la tienda de Casio, en las llanuras que riegan el Estrimon. Por la abertura de la tienda se ve á la ciudad de Filipis ceñida aun por las brumas de la mañana que empieza á clarear. Oyese en el campamento estrépito de armas, y relinchos de caballos. Incesantemente cruzan por el fondo soldados, unos con precipitación á guisa de llevar órdenes, y otros formando compañías.

En el centro de la tienda hay una pequeña mesa, sobre la cual se extiende un plano que acaban de consultar los generales. Momentos de silencio. Casio traza con un estilete de hierro líneas geométricas en un pergamino. Bruto apoyando el codo en la mesa, y la frente en la palma de la mano, medita profundamente.

BRUTO.—(De pronto, y como hablando consigo).—¡Estoy resuelto!

CASIO.—(Dejando de escribir).—¿A qué?

BRUTO.—A dar la última batalla.

CASIO.—Los capitanes no lo aprueban. Ya has oído hace poco su consejo.

BRUTO.—Y también el tuyo. Y opinaste como yo, por la batalla decisiva. ¿Vacilas ahora?

CASIO.—No vacilo; pero sé que la impaciencia es pérfida consejera, y recuerdo las prudentes observaciones que acaban de hacernos Corbulon, Meneyo, y Camilo y la mayor parte de los jefes de las legiones pompeyanas.

BRUTO.—¡La impaciencia! La impaciencia es virtud cuando se trata de acabar con el crimen. Quédense en tales casos la moderación de ánimo para aquellos que están bien hallados con la infamia. Te digo, por Júpiter, que me consideraría vil si ahora no fuese impaciente.

CASIO.—Sin embargo, puede esa virtud servir para proporcionar un triunfo al crimen que siempre es cauteloso. No te arrebatas.

BRUTO.—¡Y tu lo dices, Casio! Mas que amigo, hijo por amor era yo de César, y por esta ternura del sentimiento que cuando se deposita en algo noble á los dioses nos iguala, y cuando se fija en algo miserable nos pervierte, esperaba uno y otro día que el dictador, recobrando el respeto á la ley que conculcaba, y volviendo el corazón á la República, de nuevo sin desceñirse uno solo de sus laureles, entregase al pueblo romano los antiguos derechos que tiranamente le usurpaba; y tú entónces, Casio, me impeliste con toda suerte de medios á dejar una espectancia prudente que calificabas de cobardía; ó de envilecimiento. Cuantas veces leí en mi silla curul al presentarme en el Senado, trazadas por misteriosa mano que al fin resultó ser la tuya, estas palabras: «¡Duermes, Bruto!» Cuantas veces me llamaste á la conjuración, escribiendo al pie de la estatua de aquel insigne predecesor mio que redimió á Roma de la soberbia de los Tarquinos, esta leyenda: «¡Ojalá, oh gran patriota, que en alguno de tus descendientes viviese tu alma generosa!» Con que sútiles tramases me perseguiste y me tentaste hasta lograr que abriese los ojos á tus consejos; y luego con qué vehemencia reprendiste mi apatía, poniendo ante mis ojos la imagen de la

República sacrilegamente profanada por las audacias de César! Si entonces te decía, que estaba ligado al vencedor de Farsalia, por el afecto y por la gratitud que le debía, tú me contestabas que mayor afecto y gratitud mayor debía á Roma que era mi madre y gemía deshonrada por aquel grande hombre. Si te objetaba diciendo que él había llevado con fortuna nuestras águilas por los bosques druidicos de la Galia, por las risueñas costas de Iberia, por entre las nieblas de Germania, por los inexplorados mares de Bretaña, por los arenales de Egipto, las palmeras de Siria y las soledades del Ponto arrojando vencidos á las plantas de Roma sus más tenaces enemigos y dilatando por el mundo la gloria de su nombre, lo cual sujetaba á la patria á rendimientos de amor para quien tanto la enalteciera, tú me hablabas de su ambición que rebosaba todo pudor, y me mostrabas la ley rota en sus manos, el derecho adscrito á su voluntad, la magistratura desposeída de privilegios, el pueblo bajando por la pendiente de á dos pantanos de la servidumbre, y César subiendo en la nube de la soberbia á las cimas de la tiranía. Si recordándote la clemencia que conmigo usó en Farsalia, la piedad con que lloró ante la sangrienta cabeza de Pompeyo, la generosidad con que favoreció á Memmo y Calvo su detractor, perdonó á Cornelio Phagia su perseguidor, y tendió una mano amiga á Catulo que le infamó en versos imperecederos, y la nobleza con que siempre dió al olvido todas las injurias y todas las enemistades, te indicaba que hombre que á tales sentimientos daba abrigo no podía ser tirano merecedor de muerte, tú me argumentabas sosteniendo lo que era hipocresía empleada para remachar á mansalva en el cuello de la República la argolla de la servidumbre. Y si te aconsejaba que debíamos aguardar vigilantes hasta que de una manera decisiva se revelasen sus propósitos parricidas, tú me mostrabas su estatua descollando entre las de los antiguos reyes, me enseñabas el trono en que se sentaba en el Teatro, la silla de oro que tenía en el Tribunal, y los altares que se le habían dedicado para rendirle sacrificios únicamente debidos á los dioses; y me traías á la memoria el desdén con que hablaba de los tribunos, la arrogancia con que sentado en el templo de Venus recibía las humillaciones del Senado, la corona de laurel que al volver de las Fiestas Latinas le ciñó el pueblo, y los rumores que propalaba Lucio Cotta acerca las profecías de los libros dibiliticos subyugando que reclamaban un rey para Roma. Tenías razón, Casio; tenías razón. Aquel gran le hombre era un liberticida. Yo participaba de la vergüenza de la esclavitud y del crimen, en tanto no firmaba mi protesta con el puñal de Marco Bruto humedecido en sangre del tirano. Y me impacienté. Y envuelto en mi toga le esperé en las idas de Marzo al pie de la estatua de Pompeyo. Vino: era mi padre, y clavé mi puñal en su corazón. Esto hice con él, y era noble, y era magnánimo, y valiente, y generoso, y yo le amaba: y tú que me empeñaste al tiranicidio con tan porgiadas artes, invocas prudencia y pides moderación clara que capitaneamos veinte aguerridas legiones, y escupen á la faz de la República desde lo alto del sacro Capitolio, un soldado borracho como Antonio, un muchacho cobarde como Octavio, y un avaro imbécil como Lépido. No, no; es preciso acabar de una vez con tanta vergüenza. Cada día que dejamos pasar sin venir á un desenlace, es una nueva afrenta para Roma, y un remordimiento para nosotros. Esto ya ha durado en demasía.

CASIO.—Mira, oh Bruto, cuál es nuestra posición. A la izquierda un río y unas lagunas que nos preservan de ataque: á la derecha unas montañas abruptas, y unos desfiladeros en que se apoya el ala extremo del campamento: detrás el mar por donde nos llegan naves amigas cargadas de abastos; y al frente ancha llanura donde no se moverá ni una decaria enemiga que no alcancen nuestros centinelas: nuestra posición es inexpugnable. En cambio el ejército de los triunviros compuesto de gente bisoña y acampado en terreno devastado y mísero, no podrá, no, permanecer mucho tiempo sin

disolverse, y entonces disuelto y logrado así con nuestra actitud expectante lo que tú quieres fiar al éxito sangriento y problemático de las armas, descenderemos al llano y seguiremos sin obstáculo hasta llegar á Roma y subiremos al Capitolio para aventar desde allí las últimas pavesas de la tiranía que aun relumbran entre las cenizas de la hoguera de César.

BRUTO.—Discurres como retórico, no como republicano. Para merecer la libertad, debemos saber conquistarla. Libertad traída por el acaso sin combate, no significa al que la logra. De esa manera podría alcanzarla el pueblo más abyecto sin ser digno de ella. No, Casio, no: un momento de paz equivale tolerar la tiranía.

CASIO.—¿Y si por la impaciencia te pierdes y dejas que la tiranía asegure su triunfo?

BRUTO.—Habré cumplido con mi deber, y será prueba que no merecíamos la libertad, pues no habremos sabido conquistarla.

CASIO.—Y Roma gemirá eternamente en la opresión.

BRUTO.—Suya será la culpa por no haberse unido á nosotros. Y en fin, Casio, hora es ya de que de una vez y para siempre sepamos de parte de quien están los Dioses, si con Bruto ó con Octavio.

CASIO.—Y piensas resignarte á la ley del vencedor en caso de serle contraria la fortuna?

BRUTO.—Cuando mi tío y suegro el virtuoso Catou, después de la rota de Farsalia huyó á Utica y no pudiendo resistir la vergüenza de Roma se rasgó las entrañas, reprobé su acción porque me pareció que á nadie es permitido desertar del puesto que el cielo le ha señalado; pero ahora que comprendo que si pierdo la batalla nada me restará que cumplir sobre la tierra, miraré el desastre como una condenación de los dioses, y te juro que imitaré aquel ejemplo.

CASIO.—Tus palabras, valeroso hermano, me fortalecen. Peleemos, pues, ya que así lo quieres. A mi vez juro imitarte. De este modo sino vencemos, nada tendremos que temer del vencedor. Voy á ordenar el campo.

PORCIA.—(Saliedo).—No irás, Casio. Todo lo he oído; y te digo que no irás.

BRUTO.—(Con asombro).—Que dices, esposa mía?

PORCIA.—Que no se dará la batalla. ¿Lo oyes, Bruto? Que no se dará.

BRUTO.—Vé, Casio, á preparar las legiones.

PORCIA.—Detente, Casio.

CASIO.—Suelta el manto, Porcia.

BRUTO.—Esposa mía, por vez primera te desconozco, porque por vez primera sabiendo mi voluntad te opones á ella.

PORCIA.—Porque tu voluntad vá á ser fatal á Roma. ¡Oh, Bruto, acuérdate que una noche acampando en las orillas del Xauto entraste despavorido en mi cámara y me despertaste.—¿Qué tienes, Bruto? te pregunté.—¡Ay Porcia! contestastes: estaba solo en mi tienda trazando el plan de la campaña que voy á acometer: todos dormían y el silencio más solemne caía como una losa sobre el universo: de pronto se movió el lienzo de la tienda, y vi aparecer la visión más horrenda y espantosa. Me miró en silencio con ojos sanguinolentos, y como le preguntase yo que quien era? me contestó: «Tu genio malo y vengo á anunciarte que nos encontraremos en Filipis.» Dicho lo cual desapareció el monstruo. ¿Es verdad todo esto, Bruto?

BRUTO.—Es verdad.

PORCIA.—Pues ya estás en Filipis. No esperes á que aquel monstruo te visite en medio de la batalla.

BRUTO.—Dices bien, ya estoy en Filipis. Si mi genio malo ha de venir á visitarme aquí del mismo modo vendrá qué yo batallé que me recoja en la tienda. Pues si ha de venir encuéntrame al menos pugnando por mi cara República y perezca yo con gloria, y cueste lágrimas á los tiranos su triunfo. Ea, Casio, que toquen al arma.

(Se concluirá)



Un beso por una flor

Ayuntamiento de Madrid